

VI

El señor Bergeret no estaba triste, porque gozaba de la verdadera independencia, que es toda interior. Tenía el alma libre. Disfrutaba también de la dulzura profunda de la soledad después de la marcha de la señora de Bergeret, esperando á su hija Paulina, á quien debía traer pronto de Archachón la señorita Bergeret, su hermana. El señor Bergeret se prometía vivir agradablemente con su hija, que se le parecía en ciertos rasgos del lenguaje y del carácter, y que halagaba su amor propio estando satisfecha de ello. Se complacía con la idea de volver á ver á su hermana Joé, una solterona que no habiendo sido nunca bonita, había conservado su franqueza natural fortalecida por una discreta predisposición á desagradar, y que no carecía ni de corazón ni de inteligencia.

En el presente, el señor Bergeret estaba entretenido en los cuidados de la mudanza. Colgaba de los tabiques de su gabinete, sobre la biblioteca, vistas antiguas de Nápoles y del Vesubio, procedentes de una herencia. Y se complacía, porque de todos los trabajos á los cuales puede entregarse un hombre honrado, el trabajo de introducir clavos en la pared es quizá el que produce los goces más tranquilos. El conde Caylus, sensible á toda clase de voluptuosidades, ponía á la cabeza de todas las demás la de desembalar cajones de cacharros etruscos. Hallábase el señor Bergeret colgando

una vieja estampa iluminada representando el Vesubio sobre un cielo azul, con su penacho de llamas y humo. Este cuadro le recordaba las horas de su infancia admirada y encantada. No estaba triste, pero tampoco estaba alegre. Tenía apuros de dinero. Conocía las desdichas de la pobreza; el dinero hace al hombre, como dice Píndaro. (Isth. II.)

No simpatizaba con sus colegas y sus discípulos. No simpatizaba tampoco con los habitantes de la ciudad; no pudiendo sentir y comprender, como ellos, estaba retraído de la comunión humana; y su aislamiento le privaba de la dulzura social, que se filtra á través de las paredes de una casa y de las puertas cerradas. Por la sola razón de que pensaba, era un ser extraño, inquietante, sospechoso para todos. Preocupaba hasta al librero Paillot, y ni en el rincón de los pergaminos y pastas viejas hallábase á sus anchas.

Sin embargo, no estaba triste. Alineaba sus libros sobre los estantes de pino blanco, colocados ante él por el carpintero, y se entretenía manejando aquellos insignificantes monumentos de su vida humilde y meditabunda. Trabajaba con ardor, y cuando se sentía cansado de colgar cuadros y de colocar muebles, se ensimismaba en un libro, inseguro aún de si debía complacerse con aquello, puesto que un libro es una cosa humana; y se complacía, por fin. Leyó algunas páginas de una obra acerca de «progresos realizados por las sociedades modernas», y meditó:

«Seamos humildes. No nos juzguemos excelen-

tes, pues no lo somos. Contemplándonos á nosotros mismos, descubrimos que nuestro verdadero aspecto es rudo y violento como el de nuestros padres, y más aún; y puesto que les llevamos la ventaja de una más larga tradición, reconozcamos al menos la continuidad de nuestra ignorancia.

Esto imaginaba el señor Bergeret, mientras arreglaba su casa. No estaba triste. Tampoco estaba alegre, pensando que desearía siempre, inútilmente, á la señora de Gromance, no comprendiendo que sólo era exquisita para él por el deseo que le inspiraba. Pero esta verdad filosófica no se le aparecía claramente á causa de la turbación de sus sentidos. No era guapo, no era joven, no era rico. No estaba triste, porque su sabiduría se aproximaba á la bienaventurada ataraxia, sin llegar á alcanzarla. No estaba alegre porque era sensual, y su alma no estaba exenta de deseos é ilusiones.

Cuando había llenado la casa de horror y de terror, la criada María fué despedida. El señor Bergeret escogió, para reemplazarla, una vieja mujer del pueblo, que se llamaba Angelica, y á quien llamaban la señora Borniche los tenderos y los aldeanos.

Su marido, Nicolás Borniche, que era un buen cochero, pero un hombre muy vicioso, la abandonó siendo joven aún y fea. Se puso á servir y había obedecido á diversos amos. La quedaba de su primitiva condición social, una cierta dignidad que no temía siempre ser importuna y un deseo

ardiente de gobernar. Por lo demás, herborista, curandera y un poco bruja, inundaba la casa de perfumes de hierbas. Con el corazón rebosante de un ansia sincera, atormentábala un eterno prurito de querer y de agradar. Desde el primer día habíala encantado el señor Bergeret por la distinción de su espíritu y la dulzura de sus modales. Pero esperaba con inquietud la llegada de la señorita Bergeret. Un presentimiento la advertía que no sería grata á la hermana de Arcachón. En cambio, era muy agradable al señor Bergeret, que disfrutaba en su casa la paz conquistada y la feliz libertad.

Había puesto sus libros, en otro tiempo despreciados y arrinconados, sobre unos estantes, en una habitación grande y clara. Allí trabajaba en paz en su *Virgilius nauticus*, y se entregaba á las silenciosas orgías de la meditación. Un plátano agitaba cadenciosamente delante de la ventana sus hojas recortadas, y más lejos un obscuro contrafuerte de San Exuperio alzaba su mole agrietada, en cuya parte superior crecía un cerezo, regalo de un pájaro.

Una mañana el señor Bergeret estaba sentado ante su mesa—cerca de la ventana sobre la cual temblaban las hojas del plátano—buscando de que modo los barcos de Eneas se habían vuelto ninfas, cuando oyó llamar á la puerta y vió en seguida á la criada que llevaba sobre el vientre un cachorro, cuya cabeza negra salía del delantal doblado á manera de bolsillo. La mujer permaneció un

momento inmóvil, con aspecto de inquietud y de esperanza, luego dejó al pequeño sobre la alfombra á los pies de su amo.

—¿Qué es eso?—preguntó el señor Bergeret.

Era un perrito vulgar cruzado de zarcerero, con una cabeza muy bonita, buenas orejas, el pelo corto, el color rojizo y muy oscuro y un rabo que apenas se veía. Aún tenía el cuerpo blandito como recién nacido, y se arrastraba sobre la alfombra, olisqueando.

—Angelica—dijo el señor Bergeret—, devuelva usted ese animal á sus amos.

—Señor, no los tiene—respondió Angelica.

El señor Bergeret miró en silencio al perrito, que fué á olfatear sus zapatillas y que gemía graciosamente. El señor Bergeret era filólogo. Tal vez por eso hizo, después de varias conjeturas, esta inútil pregunta:

—¿Cómo se llama?

—Señor—respondió Angelica—, no tiene nombre.

Al señor Bergeret pareció contrariarle esta respuesta; miró al perro con expresión de tristeza y de desaliento.

Entonces el perro puso sus patas delanteras sobre una zapatilla del señor Bergeret, y teniendo así abrazada mordisqueó la punta, con inocencia. El señor Bergeret, enterneciéndose de pronto, cogió sobre sus rodillas la pequeña criatura sin nombre. El perro le miró, y el señor Ber-

geret sintióse emocionado por aquella mirada reveladora.

—¡Hermosos ojos!—dijo.

Es cierto que el perro tenía unos ojos muy hermosos, de pupilas oscuras con reflejos dorados y el globo de un blanco brillante. Y la mirada de aquellos ojos expresaba ideas sencillas y misteriosas, comunes á los animales pensativos y á los hombres sencillos que viven sobre la tierra.

Pero fatigado quizá del esfuerzo intelectual que acababa de hacer para comunicarse con el hombre, cerró sus hermosos ojos y descubrió, en un largo bostezo, su garganta sonrosada, su lengua en voluta y la hilera de dientes brillantes.

El señor Bergeret le puso la mano en la garganta. El perrito le lamió. Y la vieja Angelica, tranquilizada, sonrió.

—No hay nada más afectuoso que esos animalitos—dijo.

—El perro—añadió el señor Bergeret—es un animal religioso—. Salvaje, adora la luna y las claridades flotantes en las aguas. Son sus dioses, y por la noche les dirige grandes alaridos. Doméstico, se gana con sus caricias la voluntad de los genios poderosos que disponen de los bienes de la vida: los hombres. Los venera, y realiza para honrarlos, ritos que conoce por ciencia hereditaria; les lame las manos, se apoya contra sus piernas; se acerca á ellos arrastrándose sobre el vientre en señal de humildad, para apaciguar su cólera.

—Todos los perros—dijo Angelica—no son ami-

gos del hombre—. Hay algunos que muerden la mano que los alimenta.

—Son perros impíos y delirantes—dijo el señor Bergeret—, insensatos, al estilo de Ajax, hijo de Telamón, que hiere la mano de Aphrodita. Semejantes sacrílegos perecen de mala muerte ó arrastran una vida vagabunda y miserable. No sucede lo mismo con aquellos perros que asociados á las querellas de su dios, combaten al dios enemigo, al dios vecino. Estos son unos héroes. Como el perro del carnicero Lafolie, que dió un buen mordisco en el muslo al vagabundo Pie de-Alondra.

»Pues es muy cierto que los dioses de los perros se hacen la guerra entre sí, semejantes á los dioses de los hombres. Y Turco, con su cara chata, sirve á su dios Lafolie contra los dioses malandrines, del mismo modo que Israel ayudaba á Javeh, á destruir Chamos y Moloch.

Sin embargo, el perrito, una vez que se hubo asegurado de que las reflexiones del señor Bergeret no eran interesantes, dobló las patas y alargó el hocico para dormirse sobre las rodillas que le habían acogido.

—¿Dónde lo ha encontrado usted?—preguntó el señor Bergeret.

—He de decir, señor, que ha sido el jefe del señor Dellion quien me lo ha dado.

—¿De manera—preguntó el señor Bergeret—que tenemos á nuestro cargo esta alma?

—¿Qué alma?—interrogó la vieja Angelica.

—Esta alma canina. Un animal es propiamente

te un alma. No digo un alma inmortal. Pero puesto á considerar la situación que ocupamos en el universo este pobre animal y yo, reconozco al uno y al otro precisamente los mismos derechos á la inmortalidad.

Después de vacilar largo rato la vieja Angelica dijo, haciendo un esfuerzo doloroso que recogió su labio superior sobre los dos únicos dientes que la quedaban:

—Si el señor no quiere perro, se lo devolveré al jefe del señor Dellion. Pero puede usted quedarse con él, se lo aseguro. No le molestará á usted en lo más mínimo.

Apenas había dicho esto, cuando el animalito, al oír el ruido de un camión que pasaba por la calle, se irguió sobre las rodillas del señor Bergeret y empezó á dar alaridos sonoros y prolongados, que hicieron retemblar los cristales.

El señor Bergeret sonrió.

—Es un perro guardián—dijo Angelica á manera de disculpa—. No los hay más fieles.

—¿Le ha dado usted de comer?—preguntó el señor Bergeret.

—¡Ya lo creo!—respondió Angelica.

El señor Bergeret le puso sobre la alfombra, mirándolo con interés.

—¡Es bonito!—dijo la criada.

—No, no es bonito—dijo el señor Bergeret. Pero es simpático. Tiene los ojos hermosos. Eso decían de mí—añadió el profesor—cuando tenía el triple de su edad y ni la mitad de su inteli-

gencia. Sin duda desde entonces he adquirido del universo un conocimiento que él nunca adquirirá. Pero desde el punto de vista de la verdad absoluta, puede decirse que mi conocimiento iguala al suyo por su pequeñez. Es, como el suyo, un punto geométrico en el infinito.

Y dirigiéndose al animal, que olfateaba el cesto de los papeles:

—Olfatea, olfatea—le dijo—, aspira, inquiera del mundo exterior todos los conocimientos que pueden llegar á tu sencillo cerebro por el extremo de tu nariz negra como una trufa. Y yo, entre tanto, absorbo, comparo, estudio; no sabremos nunca ni el uno ni el otro lo que hacemos aquí ni por qué vinimos. ¿Qué hacemos en el mundo, eh?

Como había hablado un poco alto, el animalito le miró con inquietud. Y el señor Bergeret, volviendo á la idea que primero le había preocupado, dijo á la criada:

—Hay que darle nombre.

Ella contestó riendo, con las manos sobre el vientre, que no era difícil.

Sobre lo cual el señor Bergeret hizo interiormente esta reflexión: que todo es sencillo para los sencillos, pero que las inteligencias despiertas que consideran las cosas bajo aspectos diversos y múltiples, invisibles á lo vulgar, experimentan gran dificultad en decidirse hasta en los menores asuntos. Y buscaba un nombre que pudiera convenir á aquel objeto animado, que en aquel momento mordía la franja de la alfombra.

—Todos los nombres de perros—pensó—conservados en los tratados de nuestros antiguos moneros, como Fouillouse, y en los versos de nuestros poetas campestres, como La Fontaine, Finaud, Miraut, Briffaut, Ravaut, designan á los perros de caza la nobleza de las perreras, la caballería de la canalla. El perro de Ulises se llamaba Argos. También era cazador. Homero nos lo enseña. «En su juventud había cazado liebres de Ithaco. Pero ya era viejo y no cazaba ya.» Es otra cosa lo que nos hace falta. Los nombres que las solteronas tienen costumbre de poner á sus galguitos convendrían mejor aquí, si no fueran generalmente presuntuosos y estúpidos. Azor es ridículo.

Esto pensaba el señor Bergeret, y recorría en su memoria muchos nombres de perros sin encontrar uno solo que fuera de su agrado. Pensó inventar uno, pero le faltaba imaginación para eso.

Al fin:

—¿En qué día estamos?—preguntó.

—A nueve—respondió Angelica,—jueves nueve.

—¡Pues bien!—dijo el señor Bergeret—. ¿No podríamos llamar á este perro Jueves, como Robinsón llamó Viernes á su negro, por una razón semejante?

—Como usted quiera señor—dijo Angelica—; pero no es muy bonito.

—Entonces, busque usted un nombre para su

criatura, pues es usted quien lo ha introducido aquí.

—A mí—dijo la criada—no se me ocurre ningún nombre. No tengo bastante ingenio. Cuando lo he visto sobre la paja, en la cocina, le llamé *Riquet*, y vino á jugar sobre mi falda.

—¿Le ha llamado usted *Riquet*?—exclamó el señor Bergeret—. ¡Haberlo dicho! Es *Riquet*, y se quedará con *Riquet*. Esto es cosa hecha. Ahora márchese con su *Riquet* y déjeme trabajar.

—Señor—dijo Angelica—, le dejo el perro; lo recogeré cuando haya vuelto de la compra.

—Puede usted llevárselo á la compra—contestó el señor Bergeret.

—Señor, es que voy también á la iglesia.

Era cierto que iba á la sacristía de San Exuperio para mandar decir una misa rezada por el descanso del alma de su marido. Esto lo hacía, sin falta, una vez al año. No porque nadie la hubiese anunciado el fallecimiento de Borniche, de quien no había tenido noticias desde el día que la abandonó. Pero, era un asunto resuelto en el espíritu de aquella buena mujer, que Borniche había muerto. De esta suerte no temía que fuese á quitarla sus ahorros, contribuyendo ella, conforme á sus medios, á sacarle de apuros en el otro mundo, mientras que él la dejaba tranquila en éste.

—¡Eh!—dijo Bergeret—, encierre este animal en la cocina ó en cualquiera parte donde no me moleste...

Interrumpió su frase, advirtiéndole que Angelica se había marchado. Y no fué sin intención por parte de ella hacerse la sorda y dejar á *Riquet* con el señor. Proponíase que se acostumbraran el uno al otro, proporcionando así un amigo al pobre señor Bergeret, que nunca tuvo ninguno.

Cerrando la puerta tras ella, se alejó por el corredor y bajó la escalera. El señor Bergeret volvió á su trabajo, sumergiéndose de nuevo en sus *Virgilius nauticus*. Este trabajo le resultaba agradable. Era el descanso de su pensamiento, una especie de juego á su gusto, un juego que se juega solo y que procura el entretenimiento de manejar las cartas. Tenía sobre la mesa, en unas cajas, una buena colección de papeletas. Mientras que ordenaba la escuadra de Eneas, representada por pequeños letreros, sobre pequeños cartones, sintió como si unas manecitas le dierran en la pierna. *Riquet*, de quien él no se ocupaba, *Riquet*, puesto en pie, le golpeaba con las dos manos en la rodilla, agitando el muñón de su rabo. Cuando estuvo cansado *Riquet*, estiróse tendiéndose á la larga; luego se irguió de nuevo y volvió á dar sus golpecitos, y el señor Bergeret, habiendo apartado su vista del papel, la fijó en dos ojos oscuros que le miraban con simpatía.

«Lo que comunica una belleza humana á las miradas de este perro—pensó—es que tienen á la vez una vivacidad sonriente y una lentitud grave, que en ellas se revela un alma muda, cuyos pensamientos no carecen ni de duración ni de pro-

fundidad, y que es un alma atenta. A mi padre le gustaban los gatos, y á mí, siguiendo su ejemplo, me gustan también. Creía que los gatos son los mejores compañeros de los sabios, cuyos trabajos respican. *Bajazet*, su angora, pasaba cuatro horas de la noche inmóvil y soberbio en un rincón de su mesa. ¡Cómo me acuerdo de las pupilas de ágata de *Bajazet*!; pero ¡cuán fría, dura y páfida era la mirada de ese gato montés, de aquellos ojos de piedra preciosa! ¡Cuánto más me gusta la mirada enternecida de este perro!»

Sin embargo, *Riquet* levantaba y agitaba desmesuradamente sus patas. El señor Bergeret, cuidadoso de volver á sus entretenimientos filosóficos, le dijo con bondad, pero con tono breve:

—*Riquet*, ve á echarte.

Y entonces *Riquet* fué y aplicó su hociquito contra la puerta por la cual *Angelica* había salido. Permaneció allí, lanzando por intervalos quejidos muy humildes. Después arañaba, y las uñas hacían sobre el suelo un ruido muy suave. Luego el débil quejido empezaba de nuevo; y otra vez el ruido de las uñas; hasta que el señor Bergeret, á quien importunaban estos ruidos alternos, dijo imperiosamente:

—¡*Riquet*, estate quieto!

Y *Riquet* le miró prolongadamente con sus ojos oscuros, un poco tristes. Se sentó, miró otra vez al señor Bergeret; levantándose, se arrimó á la puerta, olisqueó el umbral y dejó oír su quejido agudo y suave.

—¿Quieres salir?—le preguntó el señor Bergeret.

Y el maestro, dejando la pluma, se levantó de la butaca y se dirigió á la puerta, que dejó un poco entreabierta. Entonces, después de haberse asegurado que tenía bastante sitio para pasar, *Riquet* franqueó la puerta y se alejó con una tranquilidad casi descortés.

El señor Bergeret, que era sensible, hizo la observación al volverse á la mesa, y meditó:

«Estaba á punto de reprochar á ese animal haber salido sin decir gracias ni adiós, y exigirle que se disculpara al marcharse. Ha sido su hermosa mirada humana la que me ha inspirado esta tontería. Le consideraba como á uno de mis semejantes.»

Habiendo terminado esta reflexión, el señor Bergeret se ocupó de nuevo de la metamorfosis de los barcos de Eneas, bonito cuento popular, quizá un poco inocente para ser puesto en un lenguaje tan noble. Pero el señor Bergeret no veía en ello inconveniente, sabiendo que los cuentos de viejas procuran á los poetas casi todos los asuntos de sus epopeyas; que Virgilio había recogido piadosamente en su poema los dicharachos, los juegos de palabras, las fábulas groseras y las maquinaciones pueriles de los antepasados; y que Homero, su maestro, y el maestro de todos los poetas, no había hecho más que contar lo que contaban antes que él, después de mil años ó más, las buenas mujeres jónicas y los pescadores de

las islas. Por lo demás, este era el menor de sus cuidados.

Le preocupaba más otra cosa. Una palabra que encontró en la encantadora narración de la metamorfosis no le presentaba un sentido suficientemente exacto. De ahí su preocupación.

—Bergeret, amigo mío—se decía—; aquí hay que abrir el ojo y demostrar la sagacidad. Piensa que Virgilio se expresa continuamente con una extrema precisión cuando trata de la técnica del Arte; recuerda que navegó en Baies, que era experto en construcción naval y que es indudable que en esto, como en todo, se haya expresado con exactitud.

El señor Bergeret comprobó cuidadosamente un gran número de textos para aclarar el sentido de la palabra que comprendía mal y que tenía que explicar. Estaba á punto de ver claro, ó al menos entreveía ya algunos resplandores, cuando se oyó en la puerta como un ruido de cadenas que, en realidad, no era terrible, pero que le pareció extraño. Pronto acompañó á este ruido un quejido suave y claro, y Bergeret, distraído en la filología, supuso sin esfuerzo que aquellos ruidos importunos eran producidos por *Riquet*.

En efecto, *Riquet*, después de haber buscado en vano á Angélica por toda la casa, sintió deseos de volver á ver á Bergeret. La soledad le era tan penosa como agradable la compañía del hombre. Para que cesara el ruido, y también por un secreto deseo de ver á *Riquet*, Bergeret se le-

vantó de su butaca y fué á abrir la puerta. *Riquet* entró en el despacho con la misma tranquilidad que había salido. Pero cuando vió que la puerta se cerraba de nuevo, tomó un aspecto triste y vagó por toda la habitación como un alma en pena.

De pronto pareció que buscaba alguna cosa debajo de los muebles, y respiraba ruidosamente. Luego anduvo sin objeto determinado, y sentóse en un rincón muy humildemente, como los pobres que se ponen en la puerta de las iglesias. Al fin ladró al busto de yeso de Hermes, que estaba sobre la chimenea.

El señor Bergeret le dirigió estas palabras, llenas de justos reproches:

—*Riquet*, esta inútil agitación, esos suspiros, esos alaridos, son más propios de una cuadra que del gabinete de un catedrático. Según parece, tus antepasados vivían con los caballos cuya paja compartían. No te lo reprocho; es natural que hayas heredado sus costumbres y sus inclinaciones, con su pelo corto, su cuerpo de salchichón y su hocico afilado. No hablo de tus ojos oscuros porque hay pocos hombres, y hasta pocos perros, que abran á la luz del sol tan hermosos ojos. Pero por lo demás, eres un ordinario, amigo mío, un ordinario de los pies á la cabeza, con las patas cortas y torcidas. A pesar de todo, no te desprecio; lo que te digo es, para que sepas, que si quieres vivir conmigo, debes abandonar tus costumbres de cuadra y tener modales finos, perma-

necer silencioso y callado, respetar el trabajo como *Bajazet*, que miraba sin hacer un movimiento correr sobre el papel la pluma de mi padre. Era una persona reservada y discreta. ¡Qué carácter tan diferente, amigo mío! Desde que has entrado en este cuarto de estudio, tu voz ronca, tus suspiros incongruentes, tus quejidos de pito de caldera de vapor, el ruido que hacen tus uñas, las trepidaciones de toda tu máquina, turban sin cesar mi pensamiento, interrumpen mis reflexiones, y he aquí que ladrando me haces perder el sentido de una frase capital de Servio, sobre la popa de un barco de guerra. Has de saber, *Riquet*, amigo mío, que esta es la casa del silencio y un lugar de meditación. Y si te place permanecer en ella, hazte bibliotecario. Cállate.

De este modo habló el señor Bergeret. *Riquet*, que había escuchado este discurso hasta el fin con muda atención, se acercó á su amo, poniéndole, con un gesto suplicante, una pata sobre la rodilla que parecía venerar, según la costumbre antigua. El señor Bergeret, con un pensamiento de condescendencia, le cogió por la piel del codo, poniéndole detrás de él, sobre el almohadón de la butaca. *Riquet* dió tres vueltas en aquel pequeño espacio y se acostó, permaneciendo tranquilo y silencioso. Era feliz. El señor Bergeret se lo agradecía. Y al mismo tiempo que compulsaba á Servio, pasaba la mano sobre el pelo de *Riquet*, que, sin ser fino, era suave y agradable al tacto. Y el perro, sumido en una

somnolencia, comunicaba á su amo un calorillo de vida, el fuego sutil y dulce de los seres animados. El señor Bergeret, desde entonces, trabajó con más gusto que de costumbre en su *Virgilius nauticus*.

Había puesto en su despacho estantes de pino que se remontaban hasta el techo, conteniendo libros metódicamente colocados. Los acariciaba frecuentemente con una mirada, y tenía al alcance de su mano lo que nos resta del pensamiento latino. Los griegos estaban un poco más arriba. En un rincón discreto de fácil acceso hallábase Rabelais, con los excelentes narradores de las *Cien novelas nuevas*, Buenaventura de Periers, Guillermo Bouchet, todos los viejos cuentistas franceses, que Bergeret juzgaba más proporcionados á la humanidad que otros autores sublimes, y que él con preferencia leía en sus momentos de ocio. No poseía sus obras más que en ediciones modernas y comunes; pero los había mandado encuadernar por un encuadernador modesto del pueblo, con unas cubiertas antifonales, y para él era en cierto modo un placer ver á aquellos libres cuentistas vestidos de *Requiem* y de *Miserere*. Este era el único lujo, la sola fantasía de su austera biblioteca. Los demás libros estaban en rústica ó encuadernados humildemente. El uso paciente y amistoso que de ellos hacia su dueño les daba el aspecto agradable de los utensilios colocados en el taller de un obrero laborioso. Los tratados de Arqueología y de Arte estaban puestos en el último estante, no

por desprecio seguramente, sino por usarlos con menos frecuencia.

Mientras que compartía su butaca con *Riquet*, el señor Bergeret trabajaba en su *Virgilius nauticus*; quiso la casualidad que para resolver una dificultad tuviera que consultar el *Manual* de Ottfried Müller, que se encontraba junto al techo.

Para alcanzarlo no tenía necesidad de una de aquellas grandes escaleras con ruedas, rematadas por una especie de púlpito, como las había en la biblioteca de la ciudad y como las tuvieron todos los grandes bibliófilos de los siglos XVII, XVIII y XIX, de las cuales varios se cayeron y murieron honrosamente de la manera que se relata en el tratado titulado *De los bibliófilos que murieron al caerse de su escalera*. No, no necesitaba tanto el señor Bergeret. Un escabel con cinco ó seis escalones le hubiera servido perfectamente.

Había en la tienda del ebanista Clerambaut, de la calle de Josde, uno de aquel género. El señor Bergeret acarició la esperanza de adquirirlo, renunciando á su deseo, en vista de su apurada situación; nadie supo tanto como él que las heridas del dinero no son mortales; pero no tenía escalera. La suplía con una silla vieja, cuyo respaldo había serrado sistemáticamente, por hallarse roto, convirtiéndola en taburete. Y era poco á propósito para el empleo que le daba el señor Bergeret, por dos razones: en primer lugar, el tejido de enea, rozado por un largo uso, se hundía en el

centro y el pie no estaba seguro; por añadidura, aquel taburete era demasiado bajo y, una vez subido en él, apenas si, alzando el brazo, tocábase con la punta de los dedos el estante superior. Muy á menudo, al querer coger un libro se caían varios al suelo, donde, según estuviesen encuadernados ó en rústica, yacían con las puntas rotas, ó bien abiertos, ya en abanico, ya en acordeón.

Con la idea de alcanzar el *Manual* de Ottfried Müller, el señor Bergeret se levantó de la butaca, que compartía con *Riquet*. El perro que, hecho una bola, con la cabeza contra el vientre, reposaba en una tibia languidez, entreabrió unos ojos voluptuosos, que cerró en seguida. Y el señor Bergeret, sacando el taburete del oscuro rincón donde estaba escondido, lo colocó en el sitio oportuno, se subió en él y consiguió, empinándose sobre la punta de los pies y alargando el brazo todo lo posible, tocar con un dedo, luego con dos, el libro que juzgó ser el que necesitaba. El pulgar permanecía más bajo que el estante, y no era posible utilizarlo.

El señor Bergeret, que tenía grandes dificultades para sacar el libro, hizo la reflexión de que la mano humana es un instrumento precioso, precisamente porque el pulgar está en oposición con los otros cuatro dedos, y que los hombres no serían artistas si tuviesen cuatro pies y ninguna mano.

«A las manos les deben los hombres ser mecánicos, pintores, escribientes y, en general, manipu-

ladores de todas clases. Si no tuvieran un pulgar opuesto á los otros dedos, se verían tan comprometidos como lo estoy en este momento, y no hubieran cambiado la faz de la tierra. Seguramente es la forma de la mano la que asegura al hombre el imperio del mundo.»

Pero en seguida pensó el señor de Bergeret que los monos tienen cuatro manos, y no por eso han creado las artes ni arreglado la tierra á su antojo.

Borró de su imaginación la idea que acababa de esbozar. Pero, sin embargo, trabajó lo mejor que pudo con sus dos dedos. Es preciso tener presente que el *Manual*, de Ottfried Müller, se compone de tres tomos y un atlas.

Era el primer tomo el que necesitaba el señor Bergeret. Sacó primero el segundo, luego el atlas, luego el tercero, y al fin el primero. ¡Ya lo tenía! No le faltaba más que bajarse, cuando sus pies se hundieron en el roto asiento. Perdió el equilibrio cayéndose al suelo, pero no con tanta violencia que hiciese temible su caída, pues pudo agarrarse á un estante de la biblioteca.

Pero estaba en el suelo, extrañado, con una pierna metida en el asiento de la silla rota, con todo el cuerpo invadido por un dolor difuso, que pronto se hizo sentir particularmente en el codo y la cadera izquierda, sobre cuyo lado había caído. Pero como su máquina no estaba gravemente estropeada, pudo reflexionar; pensaba ya en retirar la pierna derecha del taburete y levantarse con preferencia sobre el lado derecho, que

no había recibido ningún daño, y hasta procuraba hacerlo, cuando sintió una respiración caliente sobre su mejilla, y volviendo sus pupilas que el dolor y el horror habían exaltado, vió contra su rostro el rostro de *Riquet*.

Al oír el estrépito, *Riquet* había saltado de la butaca corriendo hacia su desgraciado señor. Cerca de él, se agitaba asustado, avanzaba, retrocedía. Sucesivamente acercábase á él por afecto, y huía por temor á un peligro misterioso. Concebía muy bien que había ocurrido una desgracia, pero no tenía bastante entendimiento para descubrir las causas: he ahí su inquietud. Su fidelidad le atraía cerca del amigo doliente, su prudencia le detenía al borde del lugar funesto. Al fin, tranquilizado por la calma y el silencio que se habían restablecido, con sus dos patas delanteras, que temblaban, abrazóse al cuello del señor Bergeret, mirándole con ojos de ansia y de cariño. Y el maestro caído sonrió; el perro le lamió la punta de la nariz. Esto fué un gran consuelo para el señor Bergeret, que sacando del taburete su pierna derecha, se puso en pie, y se acercó á la butaca cojeando y sonriendo.

Riquet estaba ya en su sitio. Sus ojos sólo relucían por la abertura estrecha de los entornados párpados. No parecía preocupado por la desventura que acababa de emocionar tanto á los dos. Aquel ser vivía en el momento presente, sin preocuparse de lo pasado, no porque careciera de memoria—puesto que se acordaba, no sólo de su

pasado, sino del profundo pasado de sus progenitores, y puesto que su cabeza del tamaño de un puño, era un rico almacén de conocimientos útiles—, sino porque no se deleitaba recordando, y la memoria no era para él como para el señor Bergeret, una musa divina.

El señor Bergeret, pasando la mano por el pelo corto y fino de su compañero, dijo estas palabras afectuosas:

—Perro: á costa de tu reposo, que debe serte grato, te acercaste á mí cuando me viste abatido y consternado. No te has reído, como lo hubiera hecho en tu lugar todo individuo joven de mi especie. Verdad que no percibes el sentimiento del ridículo, y que si para ti la naturaleza ofrece aspectos alegres y terribles, no los ofrece cómicos. Por eso mismo, por tu gravedad inocente, eres el compañero más seguro que puede tenerse. Te inspiré primero confianza y admiración; ahora te inspiro piedad.

»Perro; cuando nos hemos encontrado en la vida, veníamos de dos puntos de la creación alejados uno del otro, muy alejados. Pertenecemos á dos especies diferentes. Lo que digo no es para envanecerme, sino al contrario, por un sentimiento de fraternidad universal. Hace apenas dos horas que nos conocemos. Mi mano aún no te dió de comer. ¿Qué caridad obscura ha brotado para mí en tu pobre alma? Tu simpatía es un misterio encantador. No la rechazo. Duerme en el sitio que tú has escogido, amigo.»

Habiendo hablado así, el señor Bergeret hojeó el tomo primero del *Manual* de Ottfried Müller, que por un instinto maravilloso había conservado en la mano durante y después de su caída. Lo hojeó, pero no encontró lo que buscaba.

Sus movimientos renovaban sus dolores.

«—Creo—pensó—que tengo todo el lado izquierdo contuso y una equimosis en la cadera. Sospecho que mi pierna derecha está muy lastimada y en el codo izquierdo siento un dolor horrible. ¿Pero debo quejarme de este daño que me ha proporcionado el goce de saber que tengo un amigo?»

Esto pensaba, cuando la vieja Angelica, sudando y ahogándose, entró en el despacho. Abrió primero la puerta y luego dió unos golpecitos en ella. Nunca entraba sin llamar. Cuando no lo había hecho antes lo hacía después; teniendo buenas costumbres no ignoraba que la educación obliga á ello. Así que entró, llamó y dijo:

—Señor: vengo á coger el perro.

El señor Bergeret escuchó esto con sensible disgusto. No había examinado aún sus derechos sobre *Riquet*. Reparó que no los tenía, entristeciéndose ante la idea de que la señora Borniche podía separarle impunemente de aquel animal, pues *Riquet* pertenecía á la señora Borniche.

Afectando indiferencia, contestó:

—Duerme; déjele dormir.

—No le veo—dijo la vieja Angelica.

—Está aquí—dijo Bergeret—, en el fondo de la butaca.

La vieja Angelica, con las manos cruzadas sobre el vientre, sonriendo, con tono de suave burla, dijo:

—No sé qué gusto puede hallar este animal durmiendo metido ahí detrás del señor.

—Eso—respondió el señor Bergeret—es cosa suya.

Pero como tenía el espíritu propicia al examen, buscó en seguida las razones de *Riquet*, y habiéndolas encontrado, las expuso con su acostumbrada buena fe:

—Le doy calor y mi presencia le tranquiliza. Este compañero es doméstico y friolero.

Y el señor Bergeret añadió:

—¿Sabe usted, Angelica?... Voy á salir para comprarle un collar.

VII

El rector de la Universidad, el señor Leterrier, de carácter absorbente, y filósofo espiritualista, no había tenido nunca gran simpatía por la inteligencia crítica del señor Bergeret. Pero una circunstancia bastante favorable los había reunido. El señor Leterrier tenía sus ideas respecto al Proceso. Había firmado una protesta contra la sentencia, que juzgaba ilegal y errónea. Por esta causa fué objeto de la cólera y del desprecio público.

En la ciudad, que constaba de ciento cincuenta mil habitantes, no habría más que cinco personas

que fueran de la misma opinión sobre el Proceso; eran: el señor Bergeret, su colega en la Facultad, dos oficiales de artillería y el señor Boulet. Y aun los dos oficiales guardaban una rigurosa reserva, y Eusebio Boulet, redactor en jefe de *El Faro*, se veía obligado por deber profesional á expresar cada día con violencia opiniones contrarias á las suyas propias, á lanzar inectivas contra el señor Leterrier y á denunciarle á la indignación de las gentes honradas.

El señor Bergeret escribió á su rector una carta de felicitación. El señor Leterrier fué á visitarle.

—¿No cree usted—dijo el señor Leterrier—que hay en la verdad una fuerza que la hace invencible, y asegura para una hora más ó menos próxima su triunfo definitivo? Esto era lo que pensaba el ilustre Ernesto Renán: esto es lo que ha sido expresado más recientemente en una frase digna de ser grabada en bronce.

—No es eso lo que yo pienso—dijo el señor Bergeret—. Creo, por el contrario, que la verdad está muy á menudo expuesta á perecer obscuramente bajo el desprecio y la injuria. Esta creencia podría ilustrarla con pruebas abundantes. Considere usted que la verdad tiene sobre la mentira caracteres de inferioridad que la condenan á desaparecer. Primero es una; es una, como dice el padre Lantaigne, que la admira, y verdaderamente no hay por qué. Pues siendo la mentira múltiple, tiene contra ella el número. No es este su solo defecto. Es inerte. No es susceptible de mo-